

JERÓNIMO BERMÚDEZ (1530 – 1599) (ANTONIO DE SILVA)

NISE LASTIMOSA

Tragedia Primera de Doña Inés de Castro y Valladares, Princesa de Portugal.

ARGUMENTO

El príncipe don Pedro de Portugal, que en esta tragedia primera por el decoro della se llama infante, siendo casado, y teniendo ya heredero, puso los ojos en una dama natural del reino de Galicia llamada doña Inés de Castro y Valadares, tan ilustre en hermosura, discreción, virtud y linaje, que muerta la princesa se pudo casar con ella en Verganza, aunque tan secretamente, que cuando el rey su padre lo vino a sospechar, ya tenía tres hijos en ella; y con todo eso, le mandó apartar, y se dejó persuadir de algunos envidiosos que el reino se perdería si el casamiento del príncipe pasaba adelante con hija bastarda de don Pedro Fernández de Castro, aunque un caballero de los más esclarecidos de España, y primo hermano del príncipe; y así vino a Coimbra, con determinación de matalla. La noche antes que llegase, la pobre señora había soñado el trance y amargo fin de sus amores, y así salió con aquellas ansias a pedir al rey las causas de su muerte, que no las hallando, dijo lo que Pilatos de Cristo nuestro señor, y remitió el fin de la jornada a los que le habían puesto en ella; los cuales con esta licencia y su maldad, se fueron a ella, que ya estaba segura con el perdón del rey, y cruelísimamente mataron a su propia princesa y natural señora, de la cual proceden agora todos los reyes cristianos. Fue el que te dio las puñaladas Álvaro González, merino mayor de Portugal, en compañía de Diego López Pacheco, y Pero Coello. El príncipe, que lo supo, quedó sin juicio por muchos días, y al cabo dellos que volvió en sí, trata de hacer guerra al rey su padre, que de verse en tales estrechos muere, y los matadores huyen a Castilla.

PERSONAJES

INFANTE DON PEDRO.

ÁLVARO GONZÁLEZ, merino mayor.

PERO COELLO.

DOÑA INÉS DE CASTRO.

REY DON ALONSO.

DIEGO LÓPEZ PACHECO.

SECRETARIO.

CORO 1.º DE COIMBRESAS.

CORO 2.º

AMA.

MENSAJERO.

ACTO I

Infante don Pedro, Secretario, Coro 1.º, Coro 2.º

INFANTE

Otro cielo, otro sol, me parece éste,
del que gozaba yo sereno y claro
allá de donde vengo; ¡ay, triste cielo,
cómo en ti veo el trance de mis hados!
Ay ¡que donde no veo aquellos ojos
que alumbran estos míos, cuanto veo
me pone horror y grima, y se me antoja
más triste que la noche, y más oscuro.
Allá (ay dolor!) los dejo, allá en Coimbra,
tierra donde paró la edad dorada:
Oh! Que no es tierra aquella; paraíso
la llamo de deleites y frescuras:
allí tan claro es todo, que aun la noche
más día me parece que de día,
allí el esmalte del florido suelo
más que estrellado cielo representa,
allí el concento de las avecillas
es un reclamo dulce de las almas,
allí son tan vivílicos los aires,
que no dejan morir a los mortales:
el cancro y el león, que vivas llamas
de sus fogosas bocas echar suelen,
con que la tierra abrasan, y despojan
de su librea verde la campiña,
allí son tan clementes y templados
que dan su punto al amoroso fuego.
Allí más que la plata reluciente,
de más que humanas ninfas festejado
por el elisio valle y su llanura,
al Mondego veréis, que de tal vista
tanto se ensoberbece, que a Neptuno
diréis que va alanzar de sus mojones.
Oh doña Inés, mi bien, señora mía,
gusto desa mi vida, bien y gloria
desta alma tuya que te tengo dada,
aunque esa tierra gozas, si te gozas
sin mí, que yo sin ti viviendo muero.
¡Oh triste soledad! ¿Y qué haría,
cuando con no te ver por un momento,
pudiendo verte, y siempre estar contigo,

no vivo yo sin ti? ¿Qué vida triste
sería aquella? Vida no sería,
que en solo imaginalla ya me muero:
mi alma allá la tienes, yo la tuya
acá la tengo, truco precioso,
de nobles corazones nudo ciego
de amor, que así dos vidas tiene atadas
tan fuertemente que la misma muerte
no puede deshacer ni llevar una,
sin que las lleve entrambas; oh despecho,
oh pensamientos míos tan amargos,
verdugos desta fe tan merecida,
que hayamos de morir, que venga tiempo
en que no nos veamos, y que cuando
de acá cansado vaya, no te halle
allá, oh espejo claro de mi vida,
ni esos tus ojos vea soberanos,
que al mismo sol deslumbran en su esfera:
¿Mas qué espíritu es este que me lleva
a imaginar el mal de que estoy libre?
Y aquestos ojos míos hechos fuentes
den muestras del quebranto que me causan
tan tristes pensamientos; ¿viviremos,
mi amor, en este amor tan casto y puro?
El cielo lo querrá, y cuando la muerte,
¡Oh muerte triste que así me entristeces!
Llamare al uno, llévenos a entrambos,
no quedes tú, señora, sin mí sola,
no quede yo sin ti, señora mía.
Mas no te hizo Dios tan santa y bella,
para llevarte luego de la tierra,
que hollada con tus pies gloriosa queda.
Que eso sería no te haber criada
con más ventajas que las otras hembras;
mas pues tan extremada entre ellas eres
extremos grandes son los de tu muerte:
aunque ella suele, como envidiosa,
buscar lo más precioso de la vida.
¡Ay qué temor es éste que saltea
mi corazón! Tú eres luz del mundo,
antes de todo el cielo rica muestra;
deja a los tristes, deja a los que no hacen
sombra en el mundo, y nuestra luz nos lleva.
Mostrarse quiere grande y poderosa
en deshacer las cosas excelentes,
espanto y maravilla destos ojos;

mas ésta, o muerte, está de ti guardada,
en esta te han mandado que no toques,
sino cuando quisieres juntamente
dejar a Portugal sin honra alguna,
todo el mundo sin bien, a mí sin vida.
Por ti, señora, vivo, por ti muero,
mas es que vida verte, mas que muerte
de ti verme apartado, mi señora;
mi padre, si porfía en lo mandado,
la vida ya me quita, ya no es padre.
Oh triste reino ciego, cruel, ingrato,
ingrato a mi alma, ingrato al cielo,
cruel contra ti mismo, ciertamente
Dios te ha cegado, pues quitarme piensas
la lumbre de mis ojos; rey maldito,
aquella corderica ¿qué te ha hecho?
Aquella santa hembra ¿en qué merece
ser despojada así del alto estado
para que fue nacida, y de los cielos
al mundo ingrato dada en don glorioso?
¿Quién vio jamás envidia tan sin tasa?
¿Quién vio tan cruel odio, y tan injusto?
Engañaste, mi padre, si imaginas
que puedo obedecerte en tal mandado.
La voluntad me arranca de este pecho,
arráncame del pecho esta alma triste,
con esto acabarás lo que pretendes.
No pienses que así puedo desviarme
de donde entero estoy, más inamovible
que otro Asfaltite contra las tormentas,
de donde está mi alma: que primero
la tierra subirá a besar los cielos;
el mar abrazará cielos y tierra;
el fuego será frío, el sol oscuro;
la luna estará queda, y todo el mundo
saldrá del orden en que Dios lo puso,
que yo, mi bien, te deje, o lo imagine.
Yo te veré señora de mi reino,
y en esa tu cabeza tan dorada
pondré yo con mis manos la más rica
corona, que jamás nacidos vieron.
Entonces se hartará de enteros gozos
esta alma, que de largas esperanzas
ahora se mantiene, y de congojas:
oh señor de los cielos, tú, no tardes,
no tardes en mostrarme un bien tamaño.

Después matarme puedes libremente,
si vieres que la vida no merezco,
al tiempo que más dulce me sería
el fruto della, y destas ansias mías.

SECRETARIO

Cual suelen agua y fuego, o noche y día,
en un mismo sujeto estar de acuerdo,
tal pueden concertarse amor y engaño,
lisonja y lealtad, virtud y vicio,
engaños y lisonjas: vengo armado
para emprender agora tal demanda,
aunque no sin recelo; mas el pecho
usado a la virtud, a las empresas
de más peligro aspira: si del cielo
algún sagrado espíritu quisiese
en esta socorrerme, aunque la vida
acabase: ¿qué fin más glorioso,
que por los cielos dar la baja tierra,
antes que por temor, virtud, y honra?
Aquel es que allí veo pensativo,
cual salamandra helado en vivo fuego.
¡Oh Dios, por tu clemencia sola, mira
al bien universal que aquí pretendo!
Esfuerzo ha menester, y vivo celo,
quien la mano metiere en irle a ella,
al príncipe o al señor que desvaría,
y no lo hacer es prueba de flaqueza.

INFANTE

¿Qué dices, secretario, a tanta fuerza
cuanta quieren hacer a esta alma mía?

SECRETARIO

Muchos toques, señor, en esta vida
nos lastiman, más por la flaqueza.
Con que los resistimos y esperamos,
que por la fuerza con que nos encuentran.

INFANTE

Encuéntranme de suerte que me rompen
el corazón y el alma que me quieren.

SECRETARIO

Quiérente solo, y sólo por tu honra,
quieren a la fortuna rigurosa

quebrar las alas, para que no tenga
de hoy más, contra ti fuerza ni osadía.

INFANTE

Antes dárse las quieren, pues procuran
de mi bien apartarme, y de mi vida.

SECRETARIO

Señor, verte has muerto si te vieses,
¿Estás del todo ciego? ¿Vida llamas
vivir sin alma propia, con la ajena?

INFANTE

También tú me persigues, también vienes
afilado a cortarme las raíces
en este fuerte corazón plantadas.

SECRETARIO

Obra hace de piedad, al que está preso,
quien la prisión le corta, y la cadena:
Oh príncipe don Pedro, señor mío,
después que me conoces tus secretos,
de mí fiaste siempre sin recelo,
jamás te descubrí veras ni burlas,
ni Dios tal deslealtad en mí consienta
tu secretario he sido muchos días;
por hoy querría ser de tu consejo,
y bueno te le dar, pues te lo debo;
después tu saña venga, que no quiero
muerte mejor, que aquella con que libre
tu vida de deshonor y de peligro,
mi alma a tu servicio consagrada.
Oyeme pues, señor, lo que te digo.
Bien sabes que si el sol se oscureciese,
cuanto cubre y descubre quedarla
tan triste y negro, cuanto agora claro,
que está su color dando a cada cosa.
Pues tal es el buen príncipe, sol nuestro,
con cuya luz seguimos las virtudes,
que al cielo nos remontan gloriosos;
si estas en ti no vemos, ¿qué haremos,
qué será de nosotros? quedaremos
sin luz, sin gula, cual sin sol el suelo.
De príncipe tan alto así abatirte
a pensamientos bajos, y tan bajos,
que del más bajo pecho son extremos,

¿Cómo es posible que esto te parezca
grandeza de ti digna, y del estado
deste tan alto reino que te espera?,

INFANTE

Perdónate el despejo tan osado
con que me hablas, di, pasa adelante,
que por mi realeza te aseguro
que aunque no quiera oírte, oyo degradado
la pura fe y amor con que me acusas.

SECRETARIO

Merced es ésa, señor mío, al peso
del que Dios puso en ti, pues ya vas viendo
que está mi libertad confiada.
La virtud me la da, que Dios me ha dado
para guardarte con el fruto dolía.
Oh príncipe más caro que la vida,
desengañarte deja de quien te ama,
y entiende que el rigor del buen amigo
se debe en más tener, que la blandura
del enemigo falso y lisonjero.
¿Alabas tú, señor, al que pudiendo
de sus pasados ensalzar la fama,
No lo hace, antes deslustra y oscurece
aquellos claros rayos de su gloria?

INFANTE

Antes el tal vivir no merecía,
antes no ser nacido, pues sabemos
que el águila real a sus hijuelos
en sólo que al sol miren los conoce.

SECRETARIO

¿Y qué dirás de aquel loco y perdido,
quien habiéndose de armar contra los golpes
de la cruel fortuna, anda buscando
modos, para tenella de contino
a su estado contraria, y a su vida?

INFANTE

Quien topa a la fortuna, y no procura
contra ella pertrecharse, nunca adversa
la dejará de hallar a sus placeres,
a los que se le rinden más persigue.

SECRETARIO

¿Juzgásete a ti mismo?

INFANTE

¿Yo a mí, cómo?

SECRETARIO

Aquel real linaje, aquella sangre,
tan clara y milagrosa, de altos reyes,
de cuyo tronco vienes, cuán oscura,
cuán baja queda, cuán de poca estima,
si con otra que menos valga que ella
se mezcla, como es ésta, de quien digo,
de doña Inés de Castro, cuyos padres
jamás imaginaran que la suerte
en lo tan bien parado les cayera.
Echa, señor, de ver por el escarnio
que harán de ti los tuyos, el peligro
de este tu reino; mira la privanza
de esos parientes suyos, tan osados
con tu favor, que ya se descomiden
con quien sin él no dieran, ni tornaran.
¿Qué cosa más destruye un gran reino
que ver que el rey se avilta a cosas bajas,
y a todos acocea con sus vicios?
¿Con qué cara, señor, darás el pago
a quien un tal delito cometiere?
¿Cómo podrás hacer que la obediencia
a los padres debida, se les guarde,
si en esto que te piden justamente
los tuyos, siendo tales, se la niegas?
Memoria dejarás de mal ejemplo
a tus hijos darás licencia larga,
a reyes que esto oyeren, y motivo
de profazar tu nombre a toda gente.
De un mal ves cuantos se derivan todos
sobre ti caen luego, señor mío,
conócete mejor, entra en tu seno,
verás cuán justamente te importunan
tus caros padres, y este caro reino.

INFANTE

Hablaste confiado en la privanza
en que te tengo puesto.

SECRETARIO

Confiado

antes en ti, que estás allá juzgando
este amor, este celo a tu servicio.

INFANTE

Yo nunca fui jamás, ni Dios permita
que sea cual tú dices, o cual todos
vosotros me juzgáis: cierto otros ojos
más claros que los vuestros son los míos,
con que miro, y miro lo que hago.
Tan grande no es el mal como le pintan,
no yerro, ni errar puedo si me sigo
por lo que me revela y aconseja
mi espíritu real, porque sin duda,
otros secretos trata Dios conmigo
(esto hace con los príncipes y reyes)
que no alcanzáis vosotros, y así ciegos,
erráis en el juicio de mis obras.
Mirad bien a esta hembra, y contemplada,
ved lo que su real valor promete,
¿Su sangre no es real como la mía?
¿Los Castros quiénes son, o quiénes fueron?
¿No son, ni han sido siempre esclarecidos
mis deudos y parientes muy cercanos,
y no mantienen bien su claro nombre,
pues ponen a su grado, y quitan reyes?
Alma real, dignísima de imperio,
mi bien, amores míos, alma mía,
del mundo yo quisiera ser monarca,
mil mundos lo quisiera para todos
ponellos a tus pies, y a mí con ellos.
Y cuando tus parientes no lo fueran
tan míos como son, ¿tú no podías,
cual gavilán balcones, franqueallos?
Por mi sagrado nombre, secretario,
te juro que muy baja me parece
de todo este alto reino la corona
para aquella cabeza, Dios me inspira
acá en el pensamiento cosas grandes,
que della han de salir, y así te mando
que en cosa tal no pienses más hablarme,
mi mansedumbre no te sea causa
de desmesura a mi real persona.
No quieran ya mis padres más cansarme,
porque no puedo en esto obedecellos,
ni los desobedeusco aunque no haga

lo que me mandan con crueza tanta,
haré mientras vivieren una cosa,
el nombre de mujer tendré secreto,
mi dama digan que es, o que es mi amiga.
Oh con más justa cosa, mi señora
y tú por tal la reconoce y sirve,
sin descubrir a nadie tal secreto.

SECRETARIO

Oh señor, que me matas, Dios quisiera
que nunca yo me viera en honra tanta,
pues me pone en peligro de deshonra.
Seguir tu voluntad es destruirte,
destruir este reino, y a tu padre;
quererte apartar della, es imposible:
veo de que huir, no sé que siga,
descúbrete, señor, ya que eso quieres,
por mujer la publica, que esto quieren
tus padres y este reino, y por ventura,
el tiempo ablandará lo que está duro.

INFANTE

No quieras de mí más.

SECRETARIO

Señor, al cabo
aconsejarte puedo, y no forzarte
Dios me era testigo deste celo,
en ti Cupido reina, y en tu pecho,
ponzoña dulce siembra de honra y vida;
días como no te mueven tantos llantos
de tu madre la reina, tantos ruegos
del rey tu padre, y los consejos tantos
de cuantos a tus pies arrodillados,
te piden el remedio deste reino,
de la cruel fortuna amenazado,
no te declararás por honra tuya,
por el baldón del mundo que te infama
con nombre de pecado deshonesto
yo lloro de ver una mujer flaca,
mas fuerte contra ti que cuantas fuerzas
de todo el mundo están por ti tirando.

INFANTE

¡Oh persecución fuerte, o odio extraño!
¡Oh duros hados, todos conjurados

con cielos y planetas a perderme!
Hombres de entrañas fieras y dañadas,
¿qué me queréis? ¿Qué sinrazón os hago,
en amar desta suerte a quien me pago
con otro tal amor, a quien el mundo,
a quien todo este reino, a quien vosotros,
que así me perseguís, debéis servicio,
y gracias a los cielos que quisieron
con cosa tan divina enriqueceros?
Hombres que procuráis mi mal y muerte,
poné los ojos donde yo los míos,
de aquel corazón, y veréis luego
la ceguera en que estáis, ¡qué monarquía
de aquel acatamiento glorioso,
colgada no estará! Y aquella cara,
que tanto aborrecéis, ¿no es más que humana?
En cuerpo tan hermoso, alma hermosa,
discreta, noble, honesta, casta y pura,
¿Qué tachas podréis dar; o qué virtudes,
qué gracias, qué excelencias, qué riquezas
no están atesoradas en su pecho,
para que dellos vayan a la parte
tus deudos, y la tengan en mi casa?

SECRETARIO

¡Oh cuán peligroso es cualquier principio
del mal que en un descuido puede tanto,
que trae un ánimo alto a tal bajeza.

INFANTE

¿Adónde huiré porque me dejen?

SECRETARIO

Huir habrás de ti por tu remedio.

INFANTE

Ya no me vale hacer lo que, no puedo.

SECRETARIO

Tú mismo te pusiste en tal flaqueza.

INFANTE

No puedo, ni querría arrepentirme.

SECRETARIO

Con esa voluntad el yerro crece.

INFANTE

Si es yerro, como dices, otros hubo.

SECRETARIO

Hubo, mas todavía fueron yerros.

INFANTE

Descúlpenme otros reyes y monarcas.

SECRETARIO

No pueden a sí mismos, ¿a ti cómo?

INFANTE

No me persigas más

SECRETARIO

El mal persigo.

INFANTE

¿Un príncipe de un reino tan cuidado
ha de ser, y tan triste que no pueda
hacer lo que acostumbra otro cualquiera
de los bajos del pueblo?

SECRETARIO

Un príncipe antes
ha de tener tan levantado el pecho
del suelo, que levante los cuidados
de todo el reino que le está a la mira,
ha de ser un espíritu apurado,
sin heces, y sin liga de la tierra,
dechado de justicia y de templanza.

INFANTE

¿No pares más aquí, que es desvarío?

SECRETARIO

¿Quién puede gobernar un tal sujeto,
que otro señor no tiene que a sí mismo?

CORO DE COIMBRESAS

CORO 1.º

Este Cupido, de poetas Marte,
hijo del alma Venus engendrada

en los amargos senos de Neptuno,
¡Oh con cuánta cruera y osadía
sus flechas contra todo el mundo arroja!
Así aquella región donde el sol nace,
como la occidental donde se asconde,
así la más caliente al mediodía
como la más helada en contra puesta,
sus llagas sienten, y en sus fuegos arden.
En lo secreto más de las entrañas,
en el medio del alma siempre acierta
este joven cruel, cruel y ciego,
de allí derrama por las altas venas,
su tósigo mortal, su fuego vivo;
en la caliente sangre vivas llamas
enciende, y en la fría, el fuego muerto
aviva, y en el pecho no tocado
de la sencilla y retirada moza
entra su rayo furiosamente;
cuanto halla estraga: nunca tal tirano
al mundo vino, nunca todo el mundo
lanzar le pudo: todos a su yugo
están sujetos, sabios, altos, fuertes.
Del poderoso rey el esceptro rico,
la fuerte espada, el invencible brazo
del caballero, la sabiduría
de Salomón, ¿contra el Amor qué vale?
Oh Troya, Troya, ¿quién te puso fuego,
y no dejó de ti ni aun las cenizas?
Apolo rojo, ¿quién te dio cayado,
con pastoril zurrón por atavío,
y rústica majada por albergo?
¿Y a ti, Júpiter almo, quién te trajo
tan sin acuerdo de tu sacro nombre
en tan extrañas formas disfrazado?
Y tú, de Alchimena hijo valeroso,
¿Por qué la piel dejaste leonina?
¿Por qué la fuerte maza, y las saetas?
¿Por qué los duros dedos blandaste
con los anillos de oro, y consentiste
untar de tus cabellos la melena?
¿Por qué aviltaste con mujeril traje
aquel robusto cuerpo, y ocupaste
con huso y rueca aquellas crudas manos,
con que leones fieros y osos bravos
bravas serpientes, tan ligeramente
desquijarabas? ¿Mas para qué quiero

tan lejos irme? Tú pues, nuestra España
fuerte, invencible, ¿cómo enflaqueciste?
¿Quién contrastó tus fuerzas y poderes,
quién te puso en las manos de Mahoma
de quién para librarte tanta sangre
ilustre se vertió, y aun hoy se vierte?
Este Amor, este mozo apetitoso
vence, destruye, mata, reina, vive,
ninguno dél escapa.

CORO 2.º

También el mar sagrado
se abrasa en este fuego:
también allá Neptuno
por Menalipe anduvo,
y por Medusa ardiendo;
también las ninfas suelen,
en el húmido abismo,
de sus cristales fríos,
arder en estas llamas;
también las voladoras
y las músicas aves,
y aquella sobre todas,
de Júpiter amiga,
no pueden con sus alas
huir de Amor, que tiene
las suyas más ligeras:
¡Qué guerras, qué batallas,
por sus amores hacen
los toros; qué braveza
los mansos ciervos muestran?
Pues los leones bravos
y los crueles tigres,
heridos desta yerba,
¡cuán mansos que parecen!
¿Qué cosa hay en el mundo
que del amor se libre?
Antes el mundo todo,
visible, y que no vemos
no es otra cosa en suma,
si bien se considera,
que un espíritu inmenso,
una armonía dulce,
un fuerte y ciego nudo,
una suave liga
de amor, con que las cosas

están trabadas todas:
amor puro las cría,
amor puro las guarda
en puro amor respiran,
en puro amor acaban,
el cual nunca se acaba
seríamos peores
los hombres que las fieras
si amor no fuese el echo
de nuestros corazones
por tanto nadie debe
maravillarse agora
que el desdichado infante
esté cual otro Alcido
ardiendo en la alta fragua
que el aire soberano
de aquellos ojos claros
atiza en sus entrañas.
Oh ciego, y más que ciego,
mira el peligro grande
de tu preciosa vida,
y más preciosa fama,
a ti mismo te vence,
antes que el mal te venza;
no comprarás tan caro
triste arrepentimiento.

ACTO II

Rey don Alonso, Pero Coello, Diego López Pacheco, coro 1.º, coro 2.º

REY

Es, esceptro, de valía inestimable
a quien no te conoce, porque cierto,
quien viese sin pasión, y sin antojos,
cuan otro de lo que pareces eres;
caído en este suelo que te hallase,
antes debería con los pies hollarte,
que levantarte dél: nunca yo alabo
a los muy alabados de que a costa
de sangre ajena, imperios destruyeron,
por extender el propio; antes alabo
aquellos que con ánimo cristiano
teniendo reinos, muchos los desechan;

mayor grandeza de ánimo es grandezas
despreciar que acetar, y más seguro.
El resplandor del mundo nos deslumbra
y es tierra al cabo, y tierra muy pesada.
De un alto alcázar, siempre atalayamos
la fortuna cruel que nos combate,
como escudos del pueblo aventurados
a recibir sus golpes; no hacello
es mal usar del esceptro, bien hacello
es no tener la vida más segura
de lo que estos peligros nos prometen.

COELLO

Peligros gloriosos, y trabajos
dulces y descansados, pues te suben
de la gloria del suelo a la del cielo.

PACHECO

Trabajo más que estado es el de reyes,
mas tal rey como tú clemente y justo,
desello no te pese; vendrá tiempo
en que te ilustren más estos trabajos,
con discreción llevados, y en paciencia
que las victorias grandes, mal habidas
con estrago de pueblo y de reinos.
Este mal atajado, que te aflige,
libre te reirás de la fortuna.

REY

De quien se temen menos los agravios
de aquel se siente más, ¡ay, quién temiera
del príncipe mi hijo tal avieso
¿Qué estrella fue tan triste y tan oscura
aquella, qué mal signo, o mal planeta
lo pudo contra mi volver tan duro?

PACHECO

Durandola ocasión, dura el pecado,
quitándola se quita.

REY

Extraña causa
endurece así aquel tierno pecho.

PACHECO

Endurézcase el tuyo con justicia.

REY

Duro remedio, ¡cuánto mejor fuera
amor y sujeción! ¡Oh mis pecados,
cuán gravemente sobre mí descargan!

COELLO

¿Señor, qué hay que decir?
Muera esta dama.

REY

¿Que muera todavía?

PACHECO

Señor, muera
porque vivamos todos.

REY

¿No es crueza
matar al Inocente?

PACHECO

Muchos puedes
mandar matar sin culpa, habiendo causa.

REY

¿Con qué causa o color matamos ésta?

PACHECO

¿No basta que su sola muerte ataja
los males que tenemos de su vida?

REY

¿Ella qué culpa tiene?

PACHECO

Es ocasión.

REY

Oh, que ella no la da, el infante quiere
Tomalla, por traerme a tal estrecho,
¿qué ley o qué derecho la condena?

COELLO

El bien común, señor, larguezas tiene
con las cuales abona muchas obras.

REY

¿Así que estáis en esto?

COELLO

En esto muera.

REY

¿Que muera una inocente?

COELLO

Que nos mata.

REY

¿Otro medio no habrá?

PACHECO

Todo otro medio
es daño conocido, no remedio.

REY

Echémosla del reino.

COELLO

El amor vuela

REY

En un santo y estrecho monasterio
podremos encerralla.

COELLO

Hele quemado.

Este fuego, señor, no muere luego,
cuanto más le resisten, más se enciende.

Contra el amor, ¿qué fuerte hay que lo sea?

REY

Matalla, cierto, es medio riguroso.

COELLO

¿No ves, señor, que muchas veces mueren
muchos sin merecello? Dios lo quiere
por el bien que se sigue.

REY

Dios lo haga.

PACHECO

También licencia tal los reyes tienen
que en su lugar están.

REY

Antes no tienen
licencia para más de lo que manda
la razón y justicia, otra licencia
es bárbara cruza de paganos.

PACHECO

¿Pues qué dirás de aquellos que a sus hijos
ásperas muertes dieron, solamente
por dar ejemplo de justicia al pueblo?

REY

A los que bien hicieron tengo envidia,
a los que mal, querría no seguillos.

COELLO

Aunque en algo escedieron, todavía,
a los males atajaron, que causaron.

REY

Ningún mal se ha de hacer, por cuantos bienes
se puedan dél seguir.

PACHECO

Ni bien alguno,
del cual se sigan males.

Rey

Mal parece
matar una inocente, ante Dios quiere
que un malo y pecador sea perdonado,
que un inocente y justo condenado.

COELLO

El bien común, Dios quiere que se estime.
Mas que el particular, y hay muchas cosas,
en cuyas circunstancias está el todo,
y en el todo, nada.

REY

Engañase el jaiclo humano a veces.

COELLO

El del buen rey de Dios es inspirado.

REY

Temo de dejar de mi nombre de injusto.

COELLO

Antes le dejarás de justo y santo,
pues te aconsejas siempre con los tuyos,
y el parecer de los discretos sigues.

PACHECO

Ves, poderoso rey, ves con tus ojos
cuanto ya cunde la enconosa yerba
que este amor ciego siembra; bien ves cuanto
la soberbia y desprecio desta gente
contra tí, y contra todos, va creciendo,
y si viviendo tú tenemos tanto,
después que tú nos dejes, ¿qué haremos?
Por dar salud al cuerpo, cualquier miembro
si se pudre se corta porque el sano
no venga a corromperse; a questo cuerpo,
del cual tú eres cabeza, está en peligro
de corromperse todo, y destruirse,
por esta hembra sola; si la vida
le atajas, la ponzoña es atajada,
tendrás el reino sano y sin zozobra.
Si en parte esto crueza te parece,
engañaste, no lo es, sino justicia,
cuando de cruel ánimo no nace,
es una saludable medicina,
aunque parece amarga, con que curas
las vidas, que forzado el tiempo andando,
habías de quitar a tus amigos,
de suerte que la ley divina manda
que muera esta mujer, por el sosiego
del reino, y escarmiento de tu hijo:
la clemencia, sin duda, es una joya
de grande precio, y digna de altos pechos,
de reyes sobre todas las virtudes,
por el peligro grande que hay en la ira,
siendo con libertad ejecutada;
mas porque tal virtud no valga menos,
otra trae consigo que la adorna,
ésta es severidad, virtud divina,
de griegos acatada y de romanos:

estas virtudes son las dos columnas
sobre que estriban todos los estados,
si alguna dellas falta de su punto,
es mengua y quiebra tuya y de tu reino.
Claras muestras has dado de clemencia,
después que esa corona te dio el cielo;
conviene que las des también agora
de la severidad, tan importante.

REY

La parte que me cabe deste hecho
pongo in vosotras toda, mis amigos,
si sin pasión estáis tan obligados
a persuadirme aquello que es más justo,
mas servicio de Dios, y bien del pueblo.
Mis ojos sois vosotros, yo no veo
mas de lo que vosotros me mostráis,
orejas más sois, oír no puedo
más de lo que vosotros me decís;
es bueno mi intención, y Dios lo sabe;
si es el engaño vuestro, vuestro sea
el castigo del cielo riguroso.

PACHECO

Descarguen nuestros hombros ese peso,
mi parte tomo yo, o lo tomo todo.

COELLO

Sobre quien te aconseja lo indebido
carga del cielo un furioso rayo,
la tierra se abra, y vivo, así le trague,
que en cuerpo y alma, al más profundo centro
le lleve, y ponga entre las tristes sombras,
sombras fieras, do pague sus maldades.
Almas y honras tenemos, y estas todas
a ti, señor, debidas te las damos,
éstas pues te aconsejan, y tú sabes
de nuestros grandes daños el extremo,
las honras peligramos, y las vidas,
que en odio eterno quedan de tu hijo,
so cuyos pies quedamos; mas nosotros
perdámonos, perdamos estas vidas,
pasemos crudas muertes, nuestros hijos
desheredados quedan, y sin padres,
la furia de tu hijo nos persiga,
antes que miedo tal en nuestro pecho

mas pueda, de lo que la virtud manda.
Tu hijo pues lo sabe, no ha tenido
tiempo para creer esto, de que burla,
señal de pertinacia intolerable.

REY Idos aparejar, que presto salgo,
en vosotros me salvo, Dios me salve.
Señor, que estás en esos altos cielos,
y desde allá bien ves lo que proponen,
lo que las almas piensan y pretenden,
inspira esta alma mía, no fallezca
en el aprieto grande en que se halla.
Recelos y osadías me combaten,
extremos de piedad y de cruieza;
matar injustamente es cruda cosa,
atajar grandes malos obra pía.
Oh hijo que así quieres destruirme
esta vejez te duela tan cansada,
trueca esa pertinacia en buen consejo,
no quieras, hijo, que tu padre quede
juzgado mal del mundo, y condenado
delante aquel juez que está en los cielos.
Oh vida gloriosa la que vive
el pobre labrador, sólo en su campo,
libre de la fortuna, y descansado,
libre de estos desastres que acá reinan;
Oh, que yo no soy rey, soy un cautivo,
desventurado, triste, y sin consuelo;
nadie es rey menos que el que tiene reino
oh, que no es esto estado, es cautiverio,
de los que no lo creen deseado:
es una servidumbre suntuosa,
es un trabajo inmenso, es una muerte
con color de descanso disfrazada.
Aquel es solo rey, que así acá vive,
aunque su nombre siempre esté callado,
que de miedos, deseos, y esperanzas,
libre pasa sus días, buenos días,
con ellos estas canas yo trocara.
Ay, que aunque rey me veo, a muchos temo,
con muchos disimulo, a muchos no oso,
ni puedo castigar, un rey no puede
(sólo Dios puede) todo lo que quiere,
Un rey teme a su pueblo, y sufre cosas
que el plebeyo quizá no sufriría.
No soy rey, soy cautivo, y tan cautivo,

cuanto él que voluntad no tiene libre.
Sálvome en el consejo de quien creo
que fe tiene conmigo, esto me salve,
señor, contigo, o tú por tu clemencia
me inspira discreción, y aviso tanto,
cuanto por el estado en que me has puesto,
y líbrame algún tiempo antes que muera,
de tanta obligación, para que pueda
mejor me conocer, y a ti volar
con alas más ligeras, descargado
del peso que fatiga el alma triste.

CORO 1.º

Cuánto mas libre, cuánto más seguro
es el estado, que de sí contento,
no se levanta, más de cuanto huye
grande miseria.
Tristes pobreza, nadie las desee;
ciegas riquezas, nadie las procure;
la bienaventuranza desta vida
Es medianía.
Príncipes, reyes y monarcas sumos,
sobre nosotros vuestros pies ponéis,
sobre vosotros la cruel fortuna
tiene los suyos.
Sopla en los altos montes más el viento,
los más crecidos árboles derriba,
rompe también las más hinchadas velas
la tramontana.
Pompas, vientos, títulos hinchados
no dan descanso más, ni más dulzura
antes más cansan, y más sueño quitan
al que los ama.
Como sosiegan en el mar las ondas,
así sosiegan estos pechos llenos,
nunca quietos, nunca satisfechos,
nunca seguros.
Si la fortuna, y cortar pudiese,
a la medida del deseo, nunca
querría más que asegurar la vida
de menesteres.
Quien más desea, las más veces se halla
triste y burlado, pocas veces duerme,
el fuego teme, vientos, aires, sombras,
teme los hombres.
Rey don Alonso, ¿por qué no te gozas

dese tu esceptro, por qué esa corona
pesada llamas? El peso del alma
tanto te aflige.

CORO 2.º

Cuán raras veces vemos
tardar en su venida
la justicia del cielo,
sobre los malos hijos
que den trabajo y muerte,
negando la obediencia
a sus propios padres:
pecado torpe y feo
a los divinos ojos,
pecado que padece
mas de hircanos tigres,
mas de leones bravos,
que de hombre a semejanza
de su hacedor criado.
Aquel amor tamaño
de padres que te engendran,
de padres que te crían
con sangre de su pecho,
¿cómo olvidar le puedes?
¡Oh gran brutalidad,
oh fiera rustiqueza,
hacer tan mal retorno
a tanta cortesía!
Rey don Alonso, rey
conócete a ti mismo,
acuérdensete agora
aquellos yerros feos,
de cuando perseguiste
a tu propio padre,
que en ti son castigados
por otro hijo tuyo,
que te desobedece.
Dan vuelta, ya las quinas
reales y divinas,
por Dios eterno dados
a aquel buen rey primero
de quien el esceptro y nombre
que tienes heredaste,
por ti se levantaron,
no contra cinco reyes,
con cuya sangre y vida,

mas hubo el rey primero,
mas contra el rey tu padre,
mas contra tus vasallos;
dan vuelta, ya las quinas,
reales y divinas,
y en bravo fuego ardiendo,
contra sí mismas duras
se muestran y crueles.
¡Oh con cuánta fiereza
la sangre se vertía,
la sangre de los tuyos!
Tú no los merecías;
cuantas veces la santa,
santa reina tu madre
se metió en aquel fuego,
por la vida salvarte,
por ella era apagado,
por ti tornaba a arder;
ahora ardes en éste,
justicia de Dios vino.

ACTO III

Doña Inés, Ama, coro 1.º, coro 2.º

DOÑA INÉS

Nunca más tarde para mí que agora,
el sol hirió mis ojos con sus rayos.
¡Oh sol claro y hermoso, cómo alegras
la vista que esta noche te perdía!
¡Oh noche oscura, cuánto me duraste!
En miedos y en asombros me trajiste,
tan tristes y espantosos, que creía
que allí se me acababan los amores.
Allí desta alma triste los afectos,
acá empleados; y vosotros, hijos,
mis hijos tan hermosos, en quien veo
aquel divino rostro, aquellos ojos
de vuestro caro padre, aquella boca.
Tesoro peregrino, mis amores,
quedábades sin mí.
¡Oh sueño triste, cuánto me asombraste!
Tiemblo aún agora, tiemblo, Dios nos libre
de tan mal sueño, y de tan triste agüero,

en más dichosos hados Dios le mude.
Primero creceréis, amores míos,
que de me ver que os lloro, estáis llorando,
mis hijos tan queridos, tan hermosos,
en vida quien os ama, y teme tanto,
muriendo, ¿qué hará? Mas viviréis
y creceréis primero, y estos ojos,
que agora os son de lágrimas arroyos,
dos soles os serán, cuando con ellos,
os vea rutilantes y gallardos,
correr por esos campos, do nacistes,
delante vuestro padre, en muy lozanos
caballos, a porfía, cual primero
el río pasará, a ver vuestra madre.
Dos soles os serán, cuando con ellos,
os vea rutilantes y gallardos,
cansar las fieras, y mostrar tal brío,
que amigos os adoren, y enemigos
de vuestro nombre tiembren; esto vean
mis ojos, vean esto, y luego vengan
por mí mis hados, aquel día venga,
que ya me está esperando; en vuestros ojos
hincaré yo mis ojos, hijos míos,
mis hijos tan queridos, vuestra vida
por mía la tendré, cuando ésta acabe.

AMA

¿Qué llantos y qué gritos, mi señora,
eran los desta noche?

DOÑA INÉS

Oh ama mía,
la muerte vi esta noche, cruda y fiera.

AMA

Entre sueños te oí llorar, y tanto,
que de miedo y de espanto quedé fría.

DOÑA INÉS

Aún agora se me pasma el alma
de aquellos grandes miedos asombrada,
y sombras de la muerte a sus umbrales:
¡Ay triste! Que cansada y desmayada,
cansada de llorar la soledad
que allá consigo lleva, y acá deja
el príncipe, con su negra partida,

tan triste adormecí que la tristeza
me trajo en sueños uno el más pesado,
que aún no puedo agora con su peso.
Porque soñé, que estando en esa sala,
con estos niños, como estoy agora,
entraban tres leones desatados,
que arremetiendo a mí con duras garras,
los pechos me rasgaban; yo cuitada
que en angustia tamaña me vela,
por mi señor gritaba,
mis hijos escondía, y a mí no,
que no podía ni me daban tiempo:
entonces me parece que rendía
con tantas ansias el vital aliento,
que aún agora no sé si le tengo;
allí dejaba pues esta alma triste,
de mí arrancada, con las esperanzas,
que esta era mayor muerte que la muerte,
de poder ver a mí señor don Pedro.

AMA

Ay, cuál que quedaría esa alma tuya,
tan muerta; Dios te guarde, más a veces,
el pensamiento triste trae visiones
escuras, y medrosa el cuidado
con que, señora mía, adormeciste,
te trajo esos espantos tan extraños.

DOÑA INÉS

Lloro el dolor sin par y sin mancilla
de mi señor y bien, cuando tal oiga.

AMA

¿Qué hay que llorar en sueños?

DOÑA INÉS

No sé qué es,
no sé qué peso es éste que me aflige.
Solía ser que cuando yo quedaba
sola sin mi señor, en él soñaba,
y sueños tan suaves, que las noches
me parecían cortas, para en ellas,
con él gozarme. ¡Ay gozos engañosos!
Allí creerá que conmigo hablaba,
y yo con él, y aquellas sus palabras,
con que él solemnizaba su partida,

no enteras, sino medias,
lloroso y tierno me las repetía;
allí con fiel blandura detenido,
y asido con mis brazos, hasta el punto
que recordando de tan dulces burlas,
hacia dellas veras, y el sentido
embeleñaba de arte que las noches
con él se me pasaban, y los días;
mas esta triste noche, con la vida
se me acababan todas estas burlas.

AMA

Otro día, señora, mas alegre
verás, y la corona que te espera
tendrás sobre esos tus cabellos de oro;
alégrate entre tanto, reina mía,
deja esas vanas sombras, y esos miedos,
con que el amor en ti sus suertes hace.

DOÑA INÉS

¡Oh mi señor, quien hora aquí te viera,
y en tus hermosos ojos se mirara!
Ay, no entiende; estas lágrimas parece
que el alma derretida se me cae,
pronóstico de eterno apartamiento.

AMA

Señora, mal te agüeras, mejor hado
será, mi reina, el tuyo, ¿por qué lloras?

DOÑA INÉS

No sé que esta alma ve que tanto teme.

AMA

La imaginación sola es peligrosa.

DOÑA INÉS

¿Qué hará quien ya no puede estar sin ella?

AMA

Pensar en bien es despedir tristezas.

DOÑA INÉS

¿Quítame tú las causas de estar triste?

AMA

¿Por qué lloras el mal antes que venga?

DOÑA INÉS

Porque temo perder el bien que espera,
cualquier sombra me asombra, cualquier viento
temblar me hace, cuando considero
este alto estado, quedo sin sentido,
el corazón me deja en tanta altura,
en cuanta está subida mi bajeza.

AMA

Esfuézate, señora, ¿por qué tienes
el corazón tan a los pies caído?
¿Por qué temes los hombres? Que fortuna,
que hados, o que estrellas de la ciega
gentilidad creídas mudar pueden:
aquella providencia poderosa
de Dios que te levanta al alto estado,
para que te formó tan santa y bella.

DOÑA INÉS

Estoy segura que lo que el eterno
gobernador del cielo y de la tierra
quiere ordenar y hacer, eso se hace,
de otras idolatrías vanas burlo:
mas esto me congoja, que a mí misma
me miro y veo el yerro cometido,
porque aunque a los principios fue forzada,
debiera antes morir, que tal escándalo
a todo el reino dar, en cuyas bocas
mi nombre es ultrajado, y de los cielos.
De donde se ve todo, estoy temblando,
de aquella gran justicia que no deja
pasar pecado alguno sin castigo.

AMA

Temer aquel supremo y riguroso
juez, antes del día de su ira,
cosa es, señora mía, justa y santa;
mas sabes bien, señora, que los hombres,
a Dios que es bien inmenso no mirando.
Se engañan muchas veces, y mal juzgan
y en casos tales sola la conciencia
es la que nos condena o justifica,
pues ésta tú la tienes y asegura
con el ánimo firme, con que entrambos

estáis sacramentados, reina mía,
engaño ajeno no te aflija tanto,
a Dios te vuelve, y llama allá en tu pecho,
que él abrirá por su bondad los ojos,
y hará que los que agora mal te juzgan,
vean su ceguedad, y se arrepientan.

DOÑA INÉS

Si el ánimo bastase, amiga mía,
a disculpar las obras, bastaría
aqueste mío a disculpar las mías;
mas témome no baste, pero baste
con Dios a disculpar la flaqueza,
que en mí conozco grande, aunque deseo
fue siempre de enmendarme, o conformada
mi voluntad con la que así cautiva
me tiene en verdadero matrimonio,
o con nos apartar, arrepentidos
de nuestros grandes yerros, para siempre.
Mis ojos vean esto, señor, vean
esta alma libre.

AMA

Así la verás presto
si esperas, si confías, si te quieres
guardar para aquella hora tan dichosa,
que Dios para tu gloria ha señalado:
entre tanto, señora, vive, vive,
vive para que viva quien tanto ama
tu vida que es más suya, que la suya.

DOÑA INÉS

Jamás mis ojos tanto se quejaron
por mi señor, ni el triste pensamiento
de mí le imaginó tan olvidado.
Mi bien, Dios te me guarde, que sospecho
que algún mal te detiene, algún mal grande;
el alma se me arranca deste cuerpo,
parece que volar para ti quiere,
parece que te huyes, que me dejas:
ay, pensamientos, tristes pensamientos,
oscuros y pesados, idos, idos.

AMA

Quien llama a la tristeza, mal la puede
lanzar de sí, que a las veces en el gozo,

tan furiosa se entra, que le turba;
mira estos angelicos, tan seguras
y ciertas prendas del amor tamaño,
con que engendradas fueron en sus ojos,
esos tuyos alegra que deshechos
están en crudas lágrimas, no llores,
que estragas ese rostro tan hermoso;
detén, hija, las lágrimas, no llores,
que pierdes esos ojos, ay, no vean
en ellos tantas muestras de tristeza
aquellos cuya gloria es verte alegre,
¿No ves como las aguas deste río
corren a saludarte, a tus amores?
De allá te oye, señora, ellas le traen
a la memoria en ti sola empleada,
este aposento tuyo, donde mora
contigo siempre su dulcísima alma:
tan frescos y tan esmaltados campos,
debajo de tan espejado cielo,
¿quién los verá, que luego no se alegre?
Oye los dulces cantos y alboradas
con que los pajaritos te festejan,
por entre esta arboleda deleitosa:
espera, espera de gozar todo esto,
en algún tiempo con doblado gusto,
libre de la fortuna y de sus miedos,
señora de tu bien y desta tierra.

DOÑA INÉS

Ay, ama mía, quien no te tuviera,
cuán mal llevara tales accidentes:
bien veo que son sombras, que son vientos,
que amor me representa más agora,
parece que me aflige la tristeza,
más de lo acostumbrado agora, más
temo, y no sé que temo.

CORO

Tristes nuevas mortales,
tristes nuevas te traigo, o doña Inés,
oh cuitadilla triste, o cuitadilla,
que no mereces tú la cruda muerte
que presto te darán.

DOÑA INÉS

¿Qué dices? Habla.

CORO
No puedo, lloro.

DOÑA INÉS
¿De qué lloras?

CORO
Veo
ese rostro, esos ojos, esa...

DOÑA INÉS
¡Triste,
triste de mí! ¿Qué mal, qué mal tamaño
es ése que me traes?

CORO
Mal de muerte.

DOÑA INÉS
Mal grande.

CORO
Todo tuyo.

DOÑA INÉS
¿Qué me dices?
¿Es muerto mi señor, infante mío?

CORO
Los dos moriréis presto

DOÑA INÉS
Oh nuevas tristes,
¿Cómo, por qué razón, que me le matan?

CORO
A ti te matarán, él por ti vive,
por ti morirá luego.

AMA
No permita
Dios tanta desventura.

CORO
Cerca viene

la muerte que te busca, ponte en salvo;
huye, cuitada, huye, que ya suenan
las duras herraduras, gente armada
corriendo viene, aquí viene a buscarte
el rey determinado, ¡oh desdichada!
De descargar su saña en ti; tus hijos
esconde si hallas donde, no les queda
destos tus hados parte.

DOÑA INÉS

¡Oh sin ventura,
oh sola sin abrigo! Señor mío,
¿dónde estás, que no vienes? ¿Quién me busca?

CORO

El rey.

DOÑA INÉS

¿Pues, qué me quiere?

CORO

Rey tirano,
y tales los que tal le aconsejaron.
Por ti pregunta, y a tus tiernos pechos,
con duro hierro traspasar pretende.

AMA

Cumpliéronse tus sueños.

DOÑA INÉS

Sueños tristes,
¡cuán ciertos me salís, y verdaderos!
Oh mi espíritu triste, o alma mía,
¿por qué lo que creías, y veías,
quisiste no creer? Ay, ama, huye,
huye desta ira grande que nos busca,
yo sola quede, sola, aunque inocente.
No quiero más socorro, venga luego
por mí la muerte, pues sin culpa muero.
Vosotros, hijos míos, si ella fuere
tan cruda que de mí apartaros quiera,
por mí gozad acá de aqueste mundo;
socórrame hora Dios, y socorredme,
mujeres de Coimbra: ¡oh caballeros,
ilustre sucesión del claro Luso,
pues veis esta inocente en tal estrecho,

amigos, socorredla!
Mis hijos, no lloréis, que tiempo os queda:
gozaos desta madre, en cuanto os vive;
y vosotras, amigas, rodeadme,
cercadme en torno todas, y pudiendo,
libradme agora, porque Dios os libre.

CORO 1.º

Teme tus yerros, juventud lozana,
abre los ojos tus postrimerías,
piensa del tiempo, siempre te aprovecha
que va volando.
¡Oh cuán en vano del pasado tiempo,
breve momento, querrás alguna hora!
El que presente tienes atesora,
no se te pierda.
Oro, ni plata, ni las margaritas
mas preciosas que los hombres aman,
y por habellas de las hondas venas
muerte no temen,
nunca pudieron, ni jamás podrán
comprar un punto deste tiempo libre:
príncipes, reyes, y monarcas sumos,
no se descuiden.
Corre más que ellos el ligero tiempo,
ni valen fuerzas ni belleza vale,
todo deshace, todo huella y pisa,
nadie le fuerza.
Con tiranía fiera va cortando
vidas a mozos, lástimas a viejos,
sola la fuerza de virtudes clara
puede vencelle.
Ésta lo vence, su valor es mucho,
ésta al eterno espíritu siguiendo,
vivo riéndose de la fortuna
y de la muerte.
Vive pues, vive, juventud lozana,
ama virtudes, con el tiempo vive,
porque te valgas dél en aquel día
del gran aprieto.

CORO 2.º

Después de amores dulces,
la muerte viene amarga,
o de vida, o de honra,
o de alma, o todo junto;

pues queda el alma ciega,
sin ver el claro día
de la razón que muestra
los males y peligros
en que este amor acaba.
Oh príncipe tan ciego,
oh príncipe tan duro,
que tus ojos cerraste
a los avisos claros,
cerraste tus orejas
a los consejos ciertos
de tus amigos tales,
y agora que tú duermes,
o estás más descuidado,
la muerte presurosa
corriendo viene en busca
de tu suave vida,
de tus amores dulces.
Muerte cruel, que buscas
hembra tan inocente,
deténgante siquiera,
y a piedad te muevan,
aquellos ojos bellos
de aquel divino rostro;
un nudo no desates,
con que el amor tan suave,
a todos corazones,
harás crueza grande,
si apartas unos ojos
de otros, y si desvías
un alma así de otra alma,
y tan ilustre sangre
derramas a deshora.
Duélante ora sus pechos
tan tiernos y nevados;
duélante sus mejillas
tan albas y rosadas,
que ya su color pierden,
que al corazón acude
cuajado y hecho hielo,
con miedo de tu nombre;
aquella su garganta,
tan de cristal y plata,
apoyo de cabeza
tan bella y tan dorada,
¿cómo cortalla puedes

con golpe tan esquivo,
y arrancar de tal cuerpo
espíritu tan digno,
de cuerpo tan hermoso?
A piedad te mueva
la rara gentileza
de aquel infante triste,
y destas prendas tuyas;
detente en cuanto llega,
detente en cuanto tarda;
corre, oh infante, corre,
socorre a tus amores,
¡Ay! Que sabrás si tardas
en qué el amor acaba.

ACTO IV

Rey don Alonso, Pero Coello, doña Inés, Álvaro González, diego López, Pacheco, Coro.

PACHECO

La presteza, señor, en casos tales,
es la que más importa, y gran clemencia
es no tenella contra la justicia,
los ojos cierra a todas las mancillas
que te puedan mover desa constancia.

REY

Ésta es que aquí se viene; o rostro digno
de más dichosos hados!

CORO

Ves la muerte,
vete a entregar a ella, date prisa,
tendrás que llorar menos.

DOÑA INÉS

Voy, amigas,
veo también vosotras; a tal punto
no me dejéis, pedí misericordia,
pedí misericordia para aquesta
tan inocente cuanto desdichada,
llorad el desamparo destes niños
tan tiernos y sin madre: mis amores queridos,
el padre veis aquí de vuestro padre,

aquel es vuestro abuelo, y señor nuestro;
las manos le besad, a su clemencia
os entregad, pedilde que la emplee
en esta madre vuestra, cuya vida
él os viene a robar.

CORO

¿Quién puede verte
que no se ablande y lllore?

DOÑA INÉS

Señor mío,
ésta es la triste madre de tus nietos;
estos son hijos de aquel hijo tuyo,
legítimo heredero de tu reino;
esto es aquella triste mujer flaca,
contra quien vienes de crueza armado:
aquí, señor, me tienes: tu mandado
bastaba sólo para que aquí donde
agora estoy, sin falta te esperara,
en ti y en mi inocencia confiada.
Todo este estruendo de armas y caballos
pudieras excusar, porque no huye
ni teme la inocencia de frontarse
con la justicia; y ciertamente cuando
mis culpas y pecados me acusaran,
a ti fuera a buscar, a ti tomara
por valedor y amparo: agora veo
que tú me buscas, beso tus reales
y piadosas manos, pues quisiste
por ti mismo informarte de mis culpas;
como buen rey, señor, las mira y juzga
como clemente y justo, como padre
de tus buenos vasallos, a los cuales
jamás piedad negaste con justicia.
¿Qué ves, señor, en mí, qué ves en esta
que a tus manos se viene tan segura?
¿Qué furia, qué ira es ésta con que vienes,
como contra enemigos capitales,
que tu reino anduvieran abrasando?
Yo temo, señor mío, temo y tiemblo
de verme aquí delante tu grandeza,
mujer, moza, inocente, sierva tuya.
Sola, sin compañía y sin abrigo
que de tu saña grande me defienda:
señor, tu acatamiento me embaraza

la lengua y los sentidos, pero puedan
estos niños tus nietos defenderme:
por mí, si tú los oyes, hablan ellos,
aunque con lengua no, porque no pueden;
háblante con sus almas preciosas,
con sus edades tiernas, con su sangre
que es tuya, te dan voces, y su cuita
te está piedad pidiendo; no les niegues
lo que tan justamente, señor, piden:
tus nietos son que nunca visto habías,
y agora que los ves quítalles quieres
la gloria y el placer que allá en sus almas
de verte les está Dios revelando.

REY

Tus hados, doña Inés, han sido tristes,
tu suerte desdichada.

DOÑA INÉS

Antes dichosa,
pues merecí que en este estrecho grande
tus ojos me mirasen: ponlos hora
en esta sin ventura, como en otros,
de piedad y de justicia llenos;
no te pido injusticia, ni aun me quiero
favorecer de medios piadosos:
puro rigor te pido, en este fundo
mi demanda, no puedes excusarte
de concederme lo que así te pido:
señor, matarme quieres, dame causa.

REY

Tus culpas te la dan, si, bien las piensas.

DOÑA INÉS

Mis culpas, culpas mías; a lo menos
ninguna contra ti, mi rey, me acusa,
aunque contra Dios muchas; pero él oye
del corazón contrito los gemidos:
es Dios tan bueno, tan benigno y manso,
que aunque podría luego dar la muerte
al pecador y malo, no lo hace,
antes la vida larga les concede,
porque se enmiende; como tú lo haces,
y así lo hiciste siempre: pues no mudes
agora contra mí tu real costumbre.

PACHECO

Señor, pásase el tiempo.

REY

Tú bien sabes
la causa de tu muerte; tu dureza
¿qué podía esperar, sino dureza?

DOÑA INÉS

¿Yo dura, señor mío? ¿qué mandado
tuyo dejé de hacer? ¿Qué hice, ó dije,
qué pensé contra ti, o contra tu reino?

REY

En peligro le tienes, tal que temo
de velle destruido por ti sola.

DOÑA INÉS

¿Qué fuerzas, qué poderes, qué tesoros
desta mujer tan pobre a ti robados,
te causan ese miedo? Rey prudente,
entiende los engaños y falsías
de los que a tu desgrado acá te traen
contra quien claro ves que no merece
tan mancillada ser, baste esta pena
injusta, que me has dado por aviso,
de lo que errar pudiera andando el tiempo,
porque hasta agora en qué contra ti errase
o en algo te ofendiese no lo veo.

REY

A grandes voces, muchas caras vidas
me están pidiendo, doña Inés, tu vida.
La hora se te llega.

DOÑA INÉS

¡Oh malhadada,
en fuerte hora nacida para aquesta!
¿No me oyes, señor mío? ¿Así te dejas
llevar de la pasión y del engaño?
O mis amigos, llámome a vosotros,
hablad al rey por mí, favorecedme,
pedilde piedad, si en algun tiempo
entró en vuestras entrañas, o si dulce
amor de hijos puede enterneceros;

que si no me valéis pudiendo agora,
vosotros me matáis: mas no permita
Dios, en vosotros, crueldad tamaña.
Pues profesáis desagruar las tristes
con sangre y con peligro de las vidas,
libradme agora con palabras solas;
pues veis mi muerte injusta, defendedme.

PACHECO

Por esas vivas lágrimas que corren
por ese triste rostro, te pedimos
que en este poco tiempo que te damos,
remedies, no se pierda esa alma tuya;
lo que el rey quiere hacer es cosa justa,
y el cielo se lo estaba revelando,
nosotros te traemos con designio
no de crueles ser, sino piadosos
a todo el reino, que tu muerte pide,
y nunca Dios quisiera que tal medio
nos fuera necesario; el rey seguro
está del bien que hace, tú no tienes
porque quejarte dél; y si nosotros
en algo te ofendemos, presto puedes
pedir a Dios venganza, hasta que veas
cuan acertado fue nuestro consejo.

DOÑA INÉS

¡Ay triste! Nunca buen consejo, nunca
dio tiempo para bien el mal pecado.

REY

A Dios te sacrifica; pues no puede
ser menos ya, sino que deste mundo
te has luego de partir, será cordura
hacer virtud de la necesidad.

DOÑA INÉS

¿Quién me pone en ella?

REY

Tus pecados.

DOÑA INÉS

¿Pecados contra ti? ¿Tan gran pecado
es bien querer a quien a mí me quiere?
Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas

pagar, señor, el odio? Amé tu hijo,
no le maté, que amor amor merece;
y estos son mis pecados, estos quieres
con muerte castigar, cruel castigo.

REY

Si en tu conciencia no te persuades
la muerte merecer, será martirio
el que se le dará, con la corona
de gloria, entre los ángeles del cielo.

DOÑA INÉS

Tirano eres tú luego, y no cristiano,
crueldad es esa clara, y no justicia,
¿por qué conmigo quieres ser tirano?
Cruel contra tu sangre, este martirio,
¿cómo darme le puedes? Pon los ojos,
señor, en ese esceptro, y alto nombre
que Dios te dio, si tus reales manos
cometen tal cruera, ¿cómo puedes
en otros castigalla sin empacho?

ÁLVARO

Ya, doña Inés, la puerta está cerrada.
Y dada la sentencia inapelable,
por tanto cuida en al que bien te torne,
en despedir del cuerpo esa alma tuya
en buen estado, porque en la otra vida
no tengas que llorar más que en la muerte.
Tu muerte importa mucho a todo el reino.
Con ella se grangea muchas vidas
que por la tuya estaban en peligro,
allende del pecado en que el infante,
forzada, así lo creemos, te tenía,
y siendo así que de los dos el uno
había de morir, la razón pide
que seas tú; pues llévalo en paciencia,
que eso te quedará por mayor gloria
que la que acá esperahas deste mundo,
y los que crueles somos, como dices,
no viviremos siempre, allá no tienes,
en aquel tribunal donde daremos
de nuestras obras cuenta: ¿no has oído
de griegas y romanas, cuan de grado
la muerte recibieron por la honra?
Muere tú, doña Inés, de grado muere,

pues no puede excusarse ya tu muerte,
esto es lo que te cumple, tú nos cree,
del tiempo que te damos te aprovecha.

DOÑA INÉS

Triste plática, triste, cruel consejo
me das, ¿quién le oirá? Mas pues ya muero,
oyeme, señor, oyeme primero
la voz postrera desta mi alma triste;
con estos pies me abrazo, que no huyo,
aquí, señor, me tienes.

REY

¿Qué me quieres?

DOÑA INÉS

¿Qué te puedo decir que tú no veas?
Pregúntate a ti mismo lo que haces,
la causa que a rigor te mueve tanto.
A tu conciencia sola me remito:
si se engañó el infante desdichado
con lo que en mí sus ciegos ojos vieron,
¿qué culpa tengo yo, qué culpa tengo?
Paguéle aquel amor con otro amor,
flaqueza acostumbrada en todo estado;
si contra Dios pequé, contra ti no.
No supo defenderme, dime toda,
no a extranjeros, ni enemigos tuyos,
a quien secretos grandes descubriese
de mi fiados, no; sino a tu hijo,
príncipe deste reino, bien que fuerzas
contra las dél tenía mi flaqueza,
nunca entendí, señor, que ofendía;
vedárasme tú, y no lo hiciera,
aunque el amor fiel no quiere fuerza.
Igual amor entre los dos había,
muy por igual trocamos nuestras almas,
ésta que agora te habla, y la de tu hijo.
En mí matas a él, él pues te pide
vida para estas prendas concebidas
en tanto amor: ¿no ves como parecen
a aquel tu hijo, señor mío, todos?
Matas a mí, matando, todos mueren;
no lloro ya mi muerte, ni la siento,
aunque con tanta crueldad me busca,
aunque la flor me corta destes días

indignos de tan lastimoso golpe;
mas lloro aquella muerte triste y dura
para ti, y para el reino, que muy cierta
la veo, en el amor que esta me causa.
No vivirá tu hijo, ni es posible
vivir, pues por él muero; dale vida,
con me la dar a mí, quie yo me iré luego
donde jamás parezca, y estas prendas
conmigo llevaré, pues no conocen
otros pechos sino estos, que tú quieres
quitalles; ¿no lloráis, mis angelicos?
Llorad, llorad, pedid justicia al cielo,
pedí misericordia a vuestro abuelo
cruel contra vosotros mis amores,
quedáis acá sin mí, sin vuestro padre,
que no me viendo a mí, no podrá veros.
Mis angelicos, abrazadme, voíme,
¡ay! Que ya vuestra madre os desampara,
amores, despedíos destos pechos
que habéis mamado con dulzura tanta.
¡Ay! Cuando venga vuestro triste padre,
¿Qué hará de sí? ¿Qué será de vosotros?
Hallaros ha horfanitos y señeros,
no verá a quien buscaba, verá llenos
las casas y paredes de mi sangre,
tapicería triste;
irase donde yo me paseaba,
no me verá, no me hallará en el campo,
no en el jardín, ni cámara; hele muerto
ay, véote morir, mi bien, por mí,
mi bien, ya que yo muero, vive tú,
esto te pido y ruego, vive, vive,
ampara estos tus hijos tan queridos,
y esta mi muerte pague los desastres
que a ellos esperaban; rey, señor,
pues puedes socorrer a males tantos,
socórreme, perdóname; no puedo,
no puedo más decirte:
¿Señor, por qué me matas?
¿En qué te lo merezco?
Ay, no me mates, ay,
¡Jesús, María!

REY

Oh mujer fuerte, atásteme las manos,
vencísteme, ablandásteme; no mueras,

vive mientras Dios quiere.

CORO

Oh rey piadoso,
vivas tú largos años, pues perdonas;
Dios te prospere con favores grandes
del cielo, y muera aquel tan alevoso
que su dura intención lleva adelante.

PACHECO

Señor, que nos matas; gran flaqueza
has cometido, indigna de tu nombre;
de una mujer así vencerte dejas,
y tanto te espantabas que tu hijo
se le rindiese: ¡o caso de deshonra!
¿Tu hijo qué dirá, no tiene agora
desculpa honesta con tu culpa?
¿cómo pudiste así olvidarte de ti mismo,
y del real designio que traías?

REY

No puedo persuadirme a tal cruera.

PACHECO

Cruera piensas que es, mayor cruera
es perdonalla contra todo el reino:
señor, si la perdonas, esto haces
lo que hace el agua poca en grande fuego,
que más le enciende; haces que más arda
el de tu hijo: al cabo no has venido,
sino a ponernos en mortal peligro
las vidas, y las honras, y las almas.

REY El corazón se me quebranta viendo
a mis pies derribada una inocente.

COELLO

El ánimo real tan firme y fuerte
ha de mostrarse en todo lo que emprende,
que cosa de la vida a pervertille
no baste; esto es ser rey, esto es ser justo:
la justicia, señor, pintase armada
de aguda espada, contra cuyos hilos
no puede haber blandura ni dureza;
cualquier extremo destes es vicioso,
y agora peligroso más que nunca:
después de como dicen cuentas hechas,

después de las consultas en que viste
tan necesaria ser la muerte desta,
¿Se muda así, señor, tan de ligero,
por lágrimas, tu constante pecho?
Antes nunca intentarás tal demanda,
antes nunca vinieras, ni pensarás
venir acá, pues tu venida ha sido
no más de acrecentar el mal que vemos
quedar del todo agora sin remedio.

REY

No veo culpa que merezca pena.

COELLO

Aún hoy la viste, ¿y no la ves agora?

REY

Mas quiero perdonar que ser injusto.

COELLO

Injusto es quien perdona pena justa.

REY

Antes en ese extremo pecar quiero,
que en crueldad pecado abominable.

PACHECO

No se consiente al rey pecar en nada.

REY

Soy hombre.

COELLO

Pero rey.

REY

El rey perdona.

COELLO

Perdona con razón.

REY

¿Qué más razón
que ver una inocente moza, y madre
de hijos de mi hijo, y tan querida
que a todos mato si la mato a ella?

ÁLVARO

Antes a todos ellos les das vida,
y del infierno sacas a tu hijo;
a ti mismo aseguras, y apaciguas
el reino, y a nosotros el sosiego,
la paz nos restituyes, y la honra;
destruyes a traidores, y los pasos
atajas de dañadas intenciones.
Señor, tan grande escándalo no pide
perdón, sino rigor, de aquí depende
el estado o calda deste reino.
Los ojos pon, señor, en tu corona,
y en las necesidades tan extremas
que hoy te mostramos, y tú viste, y piensa
bien lo que haces, porque si la dejas
con vida, ten por cierto que tu hijo
no menos te aborrecerá, no menos
su furia nos perseguirá a nosotros,
que si se efectuara nuestro intento
tus nietos, ay, te quedan; con honrallos
amansarás la saña de su padre:
señor, por este reino te pedimos,
por el amor con que este reino te ama,
por el con que sabemos que nos amas,
por vida, estado y honra de tu nieto,
infante don Bernando, cuya vida
te pide a gritos que esta hembra muero,
por tu preciosa vida, por tu honra,
por la real constancia, con que siempre
a casos acudiste de justicia,
que en esto no la muestres, y te muevan
estas razones, mas que las mancillas
y cuitas, que después te serán tales,
perdiendo la ocasión que agora tienes.

REY

Mis manos lavo yo de aquesta sangre,
vosotros tenéis a vuestro salvo:
vertelda, si os parece cosa justa
quitar la vida a quien la dan los cielos.

COELLO

Esa licencia y nuestro celo basta,
vamos, Pacheco, vamos.

ÁLVARO

Vamos, muera.

CORO 1.º

Ya murió doña Inés, matola Amor.
Amor cruel, si tú tuvieras ojos,
también luego murieras: ¿hubo muerte
que pudiese cortar aquella vida?
Mas aunque la cortó, más alto nombre
le dio, del que te daba acá la tierra.

CORO 2.º

Sólo su cuerpo gastará la tierra.
Por ella llorará siempre el amor,
honrándose de su glorioso nombre:
y quien la quiere ver con claros ojos,
verá que goza ya de eterna vida,
y que acabó sus cultas con la muerte.

CORO 1.º

Aquellos mata la alevosa muerte,
cuyo nombre se olvida acá en la tierra,
justo castigo de su baja vida:
mas esta vivirá mientras amor
viviere entre los hombres, y los ojos
se humillarán de todos a su nombre.

CORO 2.º

Glorioso amor le da glorioso nombre,
real corona le entregó la muerte
luego que le cerró los bellos ojos,
aunque, ay dolor, dejó sin luz la tierra,
aunque dejó sin armas al amor,
aunque privó al infante de su vida.

CORO 1.º

Infante desdichado, aquella vida
era tuya, perdístela; aquel nombre
que tan dulce te hizo el mismo amor,
amargo te le da la cruda muerte:
llorándola andarás siempre en la tierra,
hasta que Dios te lleve esos tus ojos.

CORO 2.º

Ni en este mundo habrá tan duros ojos
que no se ablanden, de ver una vida

así cortada en flor, y que la tierra
besare, donde está esculpido el nombre
della, dirá llorando: está la muerte
aquí de lo que hizo aquel amor.

CORO 1.º

Amor, cuanto perdiste en unos ojos
que la muerte cubrió de triste tierra,
tanto ellos vida más tendrán, y nombre.

CORO 2.º

Lloremos todos la tragedia triste
que muerte tan cruel al mundo deja,
y agora aquel espíritu sagrado,
que tan hermoso cuerpo gobernaba,
regocijado va volando al cielo;
y agora aquella sangre esclarecida
por fuerza desampara aquellos miembros,
con su sola presencia tan graciosos,
que nunca pudo la naturaleza
formar cosa mejor, ni semejante:
yace en su sangre envuelta la cuitada,
a los pies tiernos de sus tristes hijos,
que a ellos acudió la sin ventura:
mas ellos no pudieron guarecella,
porque los ternecicos no tenían
fuerzas para quitar los duros hierros
a manos tan crueles, que a sus ojos
tan delicadas carnes traspasaban:
oh manos crudas, corazones duros,
¿cómo hacer pudistes tal crueza?
Otras manos habrá que os los arranquen
Tan crudamente.

CORO 1.º

¿Qué duros trogloditas, qué caribes
aquel divino rostro no ablandara?
¿Qué brava saña no tornara mansa
un no sé qué de aquella dulce boca?
¿Aquellos ojos en qué piedras duras
blandura no imprimieran? ¡Oh qué cuita,
oh qué crueldad tan fiera y tan extraña!
La tierra llore lo que el cielo goza,
moza inocente por sólo amor muerta,
con gente de armas, la inocente sola.
¿Qué más hacer podían bravos turcos,

o qué hicieran más a turcos bravos?
Tú, Dios, que bien lo ves, oye los gritos
de aquella sangre que te está pidiendo,
justa venganza.

ACTO V

Infante don Pedro, Mensajero.

INFANTE

¿Quién fuerza tanto un alma
que no tiene más vida
de la que se le pega
de unos hermosos ojos?
El punto de mi muerte
es el en que me veo
sin ti, señora mía;
de allá me estás llamando,
y acá tu voz suave
a mis oídos llega,
y a tus suspiros tiernos,
y a tus deseos puros,
mi corazón responde:
ni el estrellado cielo,
ni el esmaltado campo,
ni la gustosa caza,
ni la conversa humana,
ni el humano consorcio
aliviarme pueden
el peso de tristeza
extraña, y no creíble,
que de mí se apodera
las horas y momentos
que sin ti se me pasan.
A ti me llamo luego,
a ti me voy, señora,
para jamás partirme
del alto acatamiento
de tus hermosos ojos,
que este es el bien entero,
ésta es la lumbrera clara
destos que acá te lloran.
Fuera de ti son ciegos,
fuera de ti no ven

sino crueles sombras:
paréceme este mundo
un áspero desierto:
los árboles me muestran
la sombra de mi muerte;
las flores más alegres
más tristes me parecen
las fuentes se me antoja
que están vertiendo en llanto
su líquido tesoro;
las aves me quebrantan
el alma con sus cantos:
paréceme que todo
lo que Dios hizo, y hace,
ha sido con tal orden
que yo no le tuviese,
en ser atormentado,
en el momento y punto,
mi bien, que no te viese:
dulzura tan celeste,
tan increíble gozo,
tan peregrina gloria
esta alma triste espera,
mi bien, de sólo verte,
mi bien, de sólo hablarte.

MENSAJERO

¡Oh triste mensajero! Tristes nuevas
las que, señor, te traigo.

INFANTE

¿Pues qué nuevas?

MENSAJERO

Cruelles nuevas, y pues a traellas
me atrevo, contra ti cruel me nuestro;
pero, señor, primero que las oyas,
tu espíritu se corte, y en él finge
la mayor desventura que podía
ahora acontecer; que gran remedio
es el estar armado contra todo.

INFANTE

No te entiendo, declárate.

MENSAJERO

¿Qué piensas
que puede agora ser lo que te traigo?
Haz cuenta que perdiste tus estados,
y que es muerto tu hijo, nuestro infante,
y que abrasó tu reino un bravo fuego
venido de los cielos, y tú quedas
sólo para llorar un mal tamaño.

INFANTE

Suspenso estoy, prosigue, que acrecientas
el mal con la tardanza.

MENSAJERO

Señor, sufre
con ánimo real tan gran desastre;
tu corazón, que siempre a la fortuna
se mostró fuerte, agora agora es tiempo
que tome nuevas fuerzas; la fortuna
todas las tuyas contra ti ha mostrado;
a la mayor mancilla que podía,
te trajo; ya, señor, no hay que temella,
no hay que temella más:
es muerta doña Inés, que tanto amabas.

INFANTE

Oh Dios, oh cielos, ¿qué es lo que me dices?

MENSAJERO

De muerte tan cruel que es dolor nuevo,
decírtelo no oso.

INFANTE

¿Es muerta?

MENSAJERO

Muerta,

INFANTE

¿Es muerta doña Inés?

MENSAJERO

Es.

INFANTE

¿Cómo?

MENSAJERO

A hierro.

INFANTE

¿Quién la mató?

MENSAJERO

Tu padre: la inocente

hoy fue con gente de armas salteada,
que por estar segura no huyó:
ni le valió el amor con que te amaba,
ni de sus tiernos hijos el amparo,
ni aquella su inocencia tan probada
con que pidió perdón al rey tu padre
que de piedad llorando, se le dio
días aquellos malditos alevosos,
contra aquel su perdón tan merecido,
desnudas las espadas, vanse a ella,
los pechos le traspasan crudamente.

INFANTE

¿Ay, qué haré, cuitado,
ay, qué haré, mezquino?
Oh fortuna cruel, oh desventura,
Oh doña Inés, mi bien, oh alma mía,
¿Moriste tú? ¿Muerte hubo tan osada
que contra ti pudiese? ¿Oyolo, y vivo?
¿Yo vivo, y tú eres muerta? O muerte cruda,
matásteme, matásteme a mi vida,
véame muerto, ya la tierra se abra,
y sórbame en un punto; deste cuerpo
pesado, se despida esta alma triste.
Ay, doña Inés, mi bien, ay, alma mía,
amor de mis entrañas,
matáronte, matáronte; tu alma
tan inocente, tan hermosa y bella,
dejó tu bello cuerpo, de tu sangre
espadas se tiñeron,
espadas crudas, y más crudas manos.
¿Cómo pudieron contra ti moverse?
¿Cómo tuvieron fuerzas, cómo hilos
aquellos duros hierros, contra carnes
tan bellas y tan blandas?
Oh rey maldito, ¿tú me llamas hijo?
¿Mi padre tú te llamas? Enemigo
mortal, no padre, ¿por qué me mataste?

Oh tigres, oh serpientes, oh leones,
si de mi sangre estábades sedientos,
¿por qué no me matábades? viviera,
viviera yo, viviendo aquella vida,
¿por qué no me matábades, traidores?
Si mal os merecía, en mí venganza
tomárades; aquella oveja mansa,
¿qué mal os pudo hacer? ¿Porqué quisistes
como crueles enemigos míos
la muerte darme, mas no de la vida,
sino del alma? Oh cielos que habéis visto
tamaña crueldad, ¿y cómo luego
no os trastornastes? Montes de Coimbra,
¿cómo ministros tales no hundistes?
¿Cómo no se abre ya la tierra toda?
¿Cómo sustenta en sí tan crudas fieras?

MENSAJERO

Señor, para llorar tiempo queda,
mas, ¿lágrimas qué hacen a la muerte?
Demás que endechas tan desordenadas
a tu real persona no convienen:
da pues vagar a llantos y suspiros,
y aquel cuerpo visita, y las debidas
honras, trata de hacelle.

INFANTE

¡Tristes honras!
Otras honras, señora, te esperaban,
otras se te debían: o cuitado,
nacido en mala estrella y mal planeta,
¿quién me engañó, que crédito no diese
a aquellas amenazas, quién creyera
que tal podía ser? Oh triste, triste,
¿y cómo podré ver aquellos ojos
cerrados para siempre, cómo aquellos
cabellos de oro, no, sino de sangre,
aquellas manos frías y tan negras
que antes eran tan blancas y tan lindas,
aquellos tiernos pechos traspasados
de golpes tan crueles; aquel cuerpo
que tantas veces tuve en estos brazos,
vivo y lozano, cómo muerto agora
y feo podre velle? Ay, ¿cómo aquellas
prendas suyas tan solas, o mal padre?
En ellos no me verás, amor mío,

ya no me oyes, no me oyes,
ya no te he de ver más en este mundo.
Lloren mi mal conmigo los nacidos,
y por nacer; las fieras, las harpías,
conmigo lloren, y jamás desistan;
lloren las duras piedras, pues en hombres
se halló crueza tanta: y tú, Coimbra,
de hoy más un Gelboe de desventuras,
te cubra de tristeza para siempre.
En ti nunca se ría, nunca se oya
sino dolor y llanto, en pura sangre
las aguas del Mondego se conviertan,
los árboles se sequen, y las flores,
a falta de influencias y rocío
del cielo, nunca más la primavera
se muestre al mundo, todo lo criado
conmigo llore, y pida a Dios venganza
de mal tan sin medida:
yo te maté, señora,
yo te maté, mi vida.
¿Tu amor tamaño de pagarse había
con muerte tan cruel, tan lastimosa?
Mas yo me mataré más crudamente
que a ti te mataron, si no vengo
tu muerte, con extraños crueldades
Dios me dará para esto solo fuerzas,
Dios me dará para esto solo vida,
y con mis manos abra aquellos pechos,
dellos arranque aquellos corazones,
que usaron tal crueza, y luego muera.
Yo te perseguiré, rey mi enemigo,
presto verás del cielo bravo fuego,
que carga sobre ti furiosamente,
que todo el reino abrase; destruidos
verás a tus amigos, desterrados
los unos y los otros en prisiones,
los otros verás muertos, de su sangre
se regarán los campos, y de madre
saldrán los ríos en venganza justa
de aquella real sangre; o tú me mata,
o huye de mi saña, que ya agora
por padre no te tengo,
tu mortal enemigo
me llamaré, y no hijo.
Señora, allá estás tú en los altos cielos,
yo quedo sólo acá para vengarte,

allá me lleva, luego que esto acabe,
acá serás tú reina, como fueras
si el cielo tu valor no envidiara
tus hijos solamente por ser tuyos
serán reconocidos por infantes:
tu inocente cuerpo será puesto
en tálamo real, tu amor constante
jamás me dejará, hasta que yo deje
mi cuerpo con el tuyo, y vaya esta alma
a descansar contigo para siempre.

FIN

*Loquar in tribulatione spiritus mei
et confundator cum amaritudine animae meae.*
--Job, cap. 7